

acaba la conciencia, la naturaleza la reemplaza, y el hombre corre en pos de lo que desea, sin pensar en lo justo ni en lo injusto más que un animal del bosque vecino. Falstaff, encargado de reclutar gente, vende exenciones á todos los ricos y no alista más que pillos hambrientos y medio desnudos. En toda su compañía no hay más que camisa y media; eso le preocupa. «¡Bah! en todos los setos encontrarán ropa tendida.» El príncipe, al revistarlos, dice que jamás ha visto miseria tan lastimosa. «Carne de cañón, príncipe, carne de cañón (responde Falstaff). Llenarán un foso tan bien como otros cualesquiera y mejor aún. No os apuréis: son mortales y muy mortales.» Su segunda disculpa es la inagotable locuacidad. Si hubo jamás una lengua suelta, es la suya. Las injurias y los juramentos, las maldiciones, los apóstrofes, las protestas, salen de aquella boca como de un tonel abierto. Nunca se corta: improvisa expedientes para todas las dificultades. Las mentiras brotan en él, florecen, crecen, se engendran unas á otras, como hongos en una capa de tierra pingüe y podrida. Miente más aún por imaginación y por naturaleza que por interés y necesidad. Se ve bien por la manera que tiene de exagerar sus invenciones. Cuenta que ha combatido sólo contra dos. A poco es contra cuatro. Luego son siete; después once, catorce. Gracias á que le paran; si no, llegaría á hablar de un ejército entero. Cogido en renuncio, no se desconcierta, y es el primero en reirse de sus farfantonerías. «Compañeros, hijos míos, buena gente, corazones de oro, vamos, hay que estar alegres. ¿Hacemos una comedia?» Improvisa el papel del rey Enrique con tanta naturalidad que se le tomaría por un rey ó por un cómico. Ese hombretón panzudo, mandria, cínico, vocinglero, borracho, lascivo, poeta de mesón, es uno

de los favoritos de Shakspeare. Es que sus costumbres son las de la pura naturaleza, y el espíritu de Shakspeare es pariente de su espíritu.

VI

La naturaleza, en ese montón de carne que no puede con la grasa y el vino, es desvergonzada y grosera. Es delicada en el cuerpo delicado de las mujeres; pero es tan desatinada y apasionada en Desdémona como en Falstaff. Las mujeres de Shakspeare son niñas encantadoras que sienten con exceso y aman con locura. Tienen movimientos de abandono, palabritas de cariño, enojos seductores y una volubilidad graciosa, que recuerdan la charla y gentileza de los pájaros. Las heroínas de nuestro teatro son casi hombres; éstas son mujeres, y en todo el sentido de la palabra. No cabe ser más imprudente que Desdémona. Compadecida de Casio, anhela su perdón á toda costa, sea ó no justo, sea ó no peligroso. No entiende nada de las leyes de los hombres, ni piensa en tal cosa. No ve más sino que Casio es desgraciado. «Pudes estar tranquilo, Casio. No he de dejar en paz á mi señor. Andaré tras él hasta que se amanse. Le hablaré hasta hacerle perder la paciencia; su lecho le parecerá una escuela, su mesa un confesonario; interpondré la pretensión de Casio en todo lo que haga.» Pide su gracia á Otelio: «No, ahora no, querida Desdémona; otra vez.—Pero ¿será pronto?—Lo más pronto que pueda por ti, querida mía.—¿Esta noche á la cena?—No, esta noche no.—¿Entonces mañana á la comida?—No comeré en casa.—Bien. Pues mañana por la noche, ó el mar-

tes por la mañana, ó el martes por la tarde, ó el martes por la noche, ó el miércoles por la mañana. Te suplico que fijes el plazo, pero que no pase de tres días, porque está arrepentido de veras.» Se asombra un poco de verse desairada, y le riñe. El cede. ¿Quién no cedería al ver la mirada de reconvención de aquellos hermosos ojos? «¡Oh! (exclama Desdémona haciendo un lindo mohín). Esto no es un favor. Es como si os pidiera que os pusieseis los guantes, que os abrigaseis ó que hicieseis alguna otra cosa agradable.»—Un instante después, cuando él la ruega que le deje solo un momento, ved la inocente alegría, la reverencia presurosa y este tono retozón de muchacha: «¿Me negaré? No, adiós, señor. Ven, Emilia. Sed como os plazca; yo soy obediente.» Esa vivacidad no se opone á la modestia encogida y á la timidez silenciosa; al contrario: lo uno y lo otro proceden de una misma causa, de la extrema sensibilidad. La que siente pronto y mucho tiene más reserva y más pasión que las restantes; calla ó estalla, no dice nada ó lo dice todo. Tal es esa Imógenes, «tan sensible á las reconvenciones, que las palabras son golpes, y los golpes son una muerte para ella.» Tal es Virginia, la dulce esposa de Coriolano: no tiene corazón de romana; se asusta de las victorias de su marido.

Cuando Volumnia le pinta golpeando con el pie en el campo de batalla, y limpiándose la frente ensangrentada con la mano, palidece: «¡Su frente ensangrentada! (dice). ¡Oh Júpiter, no, sangre no!» Quiere olvidar lo que sabe de esos peligros; no se atreve á pensar en ellos. Cuando la preguntan si Coriolano no suele volver herido: «¡Oh! ¡No, no!» Ahuyenta esa cruel imagen, y sin embargo, guarda incesantemente en el fondo del corazón una secreta angustia. No quie-

re salir ya; no sonríe ya; apenas consiente que vayan á verla; se echaría en cara como una falta de cariño un momento de olvido ó de alegría. Cuando vuelve él, no sabe más que sonrojarse y llorar.—Esa sensibilidad exaltada debe conducir al amor. Así todas aman sin medida, y casi todas de pronto. La primera vez que Julieta ve á Romeo, dice á su nodriza: «Ve á preguntar su nombre. Si está casado, la tumba será mi lecho nupcial.» Es como la revelación de su destino. Tales y como Shakspeare las ha hecho, no pueden más que amar, y deben amar hasta morir. Pero esa primera mirada es un éxtasis, y ese acceso repentino del amor un arrobamiento. Miranda, al ver á Fernando, cree ver una criatura celestial. Se queda inmóvil, deslumbrada por esa visión súbita, avasallada por los conciertos divinos que se elevan de lo más profundo de su corazón. Llora al verle arrastrar pesados troncos; con sus blancas manecitas quiere hacer la faena para que él descanse. La compasión y el cariño lo arrebatan; no es ya dueña de sus palabras: dice lo que no quiere decir, lo que su padre la ha prohibido que descubra, lo que jamás hubiese confesado un momento antes. Aquel alma rebosante se desahoga, sin saberlo, gozosa y avergonzada del raudal de dichas y de sensaciones nuevas con que la inunda un sentimiento desconocido. «Soy una loca en llorar por lo que me alegra.—¿Por qué lloráis?—Por mi indignidad, que no se atreve á ofrecer lo que yo quisiera dar, y menos aún á tomar lo que me hará morir si no lo tengo... Yo soy vuestra mujer, si queréis casaros conmigo; si no, moriré siendo vuestra criada.» Esa invencible invasión del amor transforma todo el carácter. La tímida y tierna Desdémona, de repente, en pleno Senado, delante de su padre, renuncia á su padre; no piensa

un momento en consolarle ni en pedirle perdón. Quiere marcharse á Chipre con Otelo, atravesando la flota enemiga y la tempestad. Todo desaparece para ella ante la imagen única y adorada que subyuga su corazón. De igual suerte, las desgracias extremas, las resoluciones desesperadas no son más que consecuencias naturales de esos amores. Ofelia se vuelve loca, Julieta se mata, y no hay nadie que no vea que esas locuras y esas muertes son necesarias. No es, pues, virtud lo que encontraréis en tales almas, porque se entiende por virtud la voluntad reflexiva de obrar bien y la obediencia razonada del deber; y esas almas no son puras más que por delizadeza ó por amor. Les repugna el vicio como una cosa grosera, no como una cosa inmoral. Sienten, no respeto por el matrimonio, sino adoración por su marido. «¡Oh dulcísima y encantadora azucena!» Esta expresión de *Cimbelina* pinta á esas delicadas y amables flores que no pueden arrancarse del árbol á que están unidas y cuya blancura empañaría la menor impureza. Cuando Imógenes oye que su marido quiere matarla por infiel, no se subleva contra el ultraje; no tiene orgullo, sino tan sólo amor. «¡Infiel á su tálamo!» Se desmaya al pensar que no es ya amada. Cuando Cordelia oye á su padre, viejo irritable, ya casi insensato, preguntarla cómo le quiere, no puede decidirse á hacerle en alta voz las protestas aduladoras que le han prodigado sus hermanas. Se avergüenza de exhibir en público su cariño y de comprar con él una dote. El padre la deshereda y la echa; ella calla. Y cuando más tarde le encuentra abandonado y loco, se arrodilla á su lado con una emoción tan honda, y llora sobre aquella querida cabeza insultada con tan tierna piedad, que se cree oír el acento de una madre desconsolada y enajenada que besa los

labios pálidos de su hijo. Si, en fin, Shakspeare presenta un carácter heroico, digno de Corneille, un carácter romano, el de la madre de Coriolano, explicará por la pasión lo que Corneille hubiese explicado por el heroísmo. La pintará violenta y ávida de las violentas sensaciones de la gloria. No sabrá contenerse. Prorrumpirá en acentos de triunfo cuando vea á su hijo coronado, en imprecaciones de venganza cuando le vea proscripto. Descenderá á las vulgaridades del orgullo y de la cólera, se abandonará á las locas efusiones de la alegría, á los ensueños de la imaginación ambiciosa, y probará una vez más que la imaginación apasionada de Shakspeare ha dejado su semejanza en todas las criaturas que formó.

VII

Nada más fácil para tal poeta que formar malvados perfectos. Ve y toca por doquier las pasiones desenfrenadas que los domina, y no encuentra en ninguna parte ley moral que los contenga; pero, al mismo tiempo y por la misma facultad, transforma las máscaras inanimadas que los convencionalismos teatrales fabrican siempre con arreglo al mismo modelo en figuras vivas que provocan una ilusión completa. ¿Cómo hacer un demonio que parezca tan real como un hombre? Yago es un soldado aventurero que ha rodado por el mundo desde Siria hasta Inglaterra, que confinado en los grados inferiores, habiendo visto de cerca los horrores de las guerras del siglo XVI, ha sacado de todo máximas de turco y una filosofía de matarife; prejuicios, no los tiene.—«¡Oh mi reputa-

ción, mi reputación!»—exclama Casio deshonrado.—
«¡Bah!—dice Yago.—Eso son palabras. Al oír vuestros gritos, creí que os habían herido en alguna parte.» En cuanto á la virtud de las mujeres, la trata como hombre que ha alternado con traficantes de esclavos. Juzga el amor de Desdémona como juzgaría el de una yegua: eso dura tanto; después... Y expone sobre la materia una teoría experimental con pormenores minuciosos y expresiones crudas. Desdémona, tratando de olvidar su ansiedad en la playa, le ruega, por distracción, que le haga el elogio de las mujeres. No encuentra para cada retrato más que injurias. Ella insiste, y le dice que suponga una mujer verdaderamente perfecta. «Esa—responde Yago—no sirve más que para amamantar imbéciles.»—«Noble dama—dice otra vez—no me pidáis que alabe á nadie, porque yo no soy nada cuando no critico.» Esta frase da la clave de su carácter. Desprecia al hombre; Desdémona es para él una niña lasciva; Casio un galano parlanchín; Otelo un toro furioso; Rodrigo un asno á quien se hace andar á palos. El se divierte en empujar esas pasiones, y se ríe como en una comedia. Cuando Otelo desvanecido palpita convulso, se recrea en ese hermoso espectáculo. «Obra, droga mía, obra! Así se coge á estos crédulos imbéciles.» Parece verse á un envenenador de la época examinando el efecto de una nueva poción en un perro agonizante. No dice más que sarcasmos; los tiene para todo el mundo, aun para las personas que no conoce. Cuando despierta á Brabancio para anunciarle el rapto de su hija, le cuenta el caso á gritos en términos de cuartel, aguzando la punzante ironía: es como un verdugo concienzudo que se frota las manos al oír gritar á la víctima. «¡Eres un miserable!—le dice Brabancio.—Y

vos... un senador.» Pero el rasgo que acaba de retratarle y le coloca al lado de Mefistófeles es la verdad atroz y el vigoroso razonamiento con que equipara su maldad á la virtud (1). Casio, por consejo suyo, va á ver á Desdémona, que le obtendrá el perdón; esa visita será la pérdida de Desdémona y de Casio. Yago, al quedarse solo, tararea por lo bajo un instante, y después exclama: «¿Quién es el que dice que obro como un villano? Este consejo es leal, honrado, razonable, el único medio de reconquistar el favor del moro.» Añádase á todos estos toques una fantasía diabólica, una invención inagotable de imágenes, de caricaturas y de suciedades, un tono de cuerpo de guardia, ademanes y gustos brutales de soldado, hábitos de disimulo, de sangre fría, de odio y de paciencia, contraindicios entre los riesgos y astucias de la vida militar, en medio de las miserias continuas de una larga humillación y de una esperanza defraudada; añádase esto, y se comprenderá cómo ha podido Shakspeare transformar la perfidia abstracta en una figura real, y por qué la venganza atroz de Yago no es más que una consecuencia necesaria de su temperamento, de su vida y de su educación.

VIII

¡Cuánto más visible aún es ese genio apasionado y desenfrenado de Shakspeare en los grandes personajes que llevan todo el peso del drama! Imaginación

(1) Véase el mismo cinismo y el mismo escepticismo en *Ricardo III*. Los dos empiezan por difamar á la naturaleza humana, y son misántropos á toda prueba.